

---

# PSICOANÁLISIS E INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

Eduardo B. Issaharoff

El conocimiento científico se obtiene no a través de un único procedimiento, sino que intervienen en su producción múltiples procesos y técnicas. Observar, recolectar, clasificar, separar, correlacionar, modelizar, hipotetizar, generalizar, construir teorías, enunciar leyes, son algunas de las cosas que se hacen normalmente en ciencia sobre cualquier objeto, elemento o proceso. Puede afirmarse que al menos varias de estas actividades siempre están presentes en cualquier conocimiento científico. El orden en que se aplican surge de la práctica y las circunstancias que la rodean, encontrándose todo tipo de secuencias o de mezclas entre los procedimientos.

Existen teorías que nacieron como pura forma abstracta y sólo después de mucho tiempo adquirieron significado empírico —es decir una interpretación en términos del mundo percibido—, y otras que permanecieron largamente en el nivel de la observación y la recolección llegando a lo sumo a clasificaciones superficiales. Adquirieron sus enunciados teóricos mucho después. De manera que la relación del Psicoanálisis con la ciencia no puede sino reflejar el mismo paisaje que observamos en otras direcciones, en el que cada “proyecto” científico recorre su propio camino con sus propias dificultades, y en la medida en que las va resolviendo produce conocimientos que se incorporan al cuerpo de conocimiento que llamamos “ciencia”.

Para los que tengan alguna susceptibilidad con el uso del término “ciencia”, quiero aclarar que no existe ninguna palabra o término que pueda ser definido de manera completa y definitiva —ni siquiera en Matemáticas— pero que, dentro de la imperfección humana, la frase “el cuerpo de conoci-

mientos que llamamos ‘ciencia’” se refiere a enunciados que satisfacen ciertas condiciones y que pueden ser discernidos de los que no las satisfacen, reconociendo que en los bordes de este cuerpo existen algunas zonas difusas.

De todas maneras la discusión acerca de si puede o no existir una ciencia natural de la mente humana parece ocupar el lugar que tuvo, en tiempos de Freud, la discusión sobre lo sexual. Muchos se sintieron ofendidos porque se violaba con estas novedosas teorías psicoanalíticas la pureza del niño y la intimidad de las personas. Ahora le tocaría el turno a la indignación, porque se afecta a la pureza e intimidad del “sujeto”.

Creo que, mas allá de las intenciones, propósitos o desacuerdos con la ciencia que puede tener un psicoanalista, produce y forma parte de la cocción de una ciencia de la mente humana. Participa aunque no lo quiera del proceso histórico de crear conocimiento, y desde esta perspectiva podemos tratar de ubicar su producción en alguno de los procedimientos que —dijimos más arriba— se mezclan de distintas maneras en el camino.

Estos procedimientos, a los que cada uno adhiere con diferentes intensidades —que van desde la hipocresía al fanatismo— constituyen las herramientas de la investigación. Por lo tanto, reciben el nombre de investigación diferentes prácticas o combinaciones de ellas que, en la medida en que la comunidad científica tolera absoluta falta de criterios de evaluación sobre ellas, pueden ser tan arbitrarias como se quiera. Nos enfrentamos aquí con el problema de establecer condiciones mínimas que nos sean útiles para orientarnos en esta frondosa diversidad.

Es el momento de centrarme en dos cuestiones. La primera es un intento muy general y provisorio de clasificación de las investigaciones científicas en psicoanálisis. La segunda se relaciona con los métodos de evaluación utilizados. En cuanto a clasificar las investigaciones en psicoanálisis, me parece conveniente respetar, al mismo tiempo, un orden jerárquico: poner en primer lugar el criterio más general, para después ir a lo particular. En este sentido considero que la propuesta de David Liberman de separar dos tipos de investigación según se realicen dentro o fuera de la sesión resulta de gran utilidad. En el primer caso, las investigaciones que se realizan dentro de la sesión psicoanalítica producen conocimiento acerca del paciente, del analista y de la interacción entre ambos. (Puede ser materia de discusión hasta qué punto dentro de la sesión puede percibirse el proceso). La cantidad de información que fluye en la sesión es enorme y solo puede ser procesada parcialmente por sus participantes en el momento en que ocurre. Es un asunto co-

nocido que la sesión continúa más allá de sus límites temporales para ellos. Esta limitación define un nivel en el que ambos están operando y en el que no pueden percibir simultáneamente las unidades de gran tamaño como el proceso, o las más pequeñas como las relaciones internas entre todas las cosas que están ocurriendo en ese momento, que por su complejidad son inabarcables. Lo que percibimos en la sesión, tanto cuando somos paciente como cuando somos analista, es tan solo un fragmento de lo que ocurre y en él simultáneamente detectamos y seleccionamos ciertos detalles que son incluidos en la visión gestáltica o global que tenemos de ese momento. Estamos inmersos en la sesión, paciente y analista, y no podemos ponernos fuera como en una reunión cualquiera en la que el solo hecho de salir de la habitación nos permite ocurrencias que de otro modo no surgirían y volver más frescos con nuevas ideas. Ni el paciente ni nosotros nos tomamos ese respiro dentro de la sesión. Nos mantenemos firmes soportando lo que sea, porque esas son las reglas del juego y porque de esa manera se pone en evidencia lo que puede y no puede cada uno. Es el campo de batalla con las ansiedades, cada cual con la suya, y allí aprendemos a conocerlas y sobreponemos a ellas. Esto es, sin duda, una adquisición de conocimiento. Es el tipo de conocimiento que es esencial al psicoanálisis. En otras palabras, no podemos acceder a él si no disponemos de las teorías psicoanalíticas y de la técnica con la que hacemos la sesión. Es posible que haya más de una ansiedad en juego en cualquier momento de cualquier sesión, y hasta es seguro que es así, pero podemos limitarnos a enfrentar a una de ellas, elegimos un fragmento como dijimos antes, y nos dedicamos a trabajar sobre él interpretando o interpretándonos.

Este proceder no plantea problemas en tanto consideramos que es imposible enfrentar a todas las ansiedades juntas y que el orden en que se van resolviendo no es de importancia crucial. Sólo es aconsejable que consideremos lo que está más cerca del foco de lo que ocurre, en tanto puede ser una desconsideración para el paciente ocuparse de asuntos que son irrelevantes para su circunstancia. Pero podemos manejarlos con aproximaciones y no hay razón para preocuparse por atender a una cosa por vez y no poder abarcarlo todo. El resultado no se ve afectado por este proceder.

Ahora bien, detengámonos a considerar con más detalle qué tipo de conocimiento hemos adquirido en lo que describimos hasta ahora. Podemos identificar la situación, la ansiedad y la conflictiva de una sesión o de una parte de ella, lo que incluye información sobre los dos participantes y sobre el proceso que están realizando juntos en el corto y el largo plazo, pero no

podemos, al mismo tiempo, desmenuzar toda la riqueza que contiene.

No está de más recordar otra vez que este impedimento no afecta nuestra capacidad de actuar eficazmente en el transcurso de la sesión. Pero también es muy cierto que al volver sobre una sesión pasada siempre obtenemos beneficios bajo la forma de nuevas ocurrencias, reparamos en algo que habíamos pasado por alto o tantas otras cosas. Este es otro tipo de conocimiento, que no está inmerso en la dinámica de la sesión, pero que es de gran valor para futuras sesiones. Seguramente en algún momento se nos presentará la ocasión de aprovechar lo que aprendimos de una sesión sobre la que hemos vuelto a pensar; la práctica de la supervisión es una prueba de ello. Hasta aquí el conocimiento adquirido se refiere a una experiencia concreta con un paciente concreto, y este conocimiento es el que nos permite actuar de modo terapéutico con ese paciente, pero no lo podemos extender a otros pacientes puesto que cada proceso con cada paciente es único en cualquiera de los aspectos que consideramos, su forma o sus contenidos. Sin embargo también estaremos de acuerdo en que, de alguna manera, todo este bagaje de conocimiento único nos ayuda a comprender y a aproximarnos a otros pacientes con vidas totalmente diferentes.

¿Cómo ocurre esto? A través de abstraer ciertas relaciones entre ideas y acciones, sentimientos y recuerdos, esperanzas y elecciones o cualquier otra combinación entre elementos reconocibles de la psique humana. Precisamente en este punto, en el que abstraemos ciertas relaciones y luego las aplicamos, es donde aparece el riesgo de que esa abstracción no corresponda a los nuevos hechos que se nos presentan y los entendamos o interpretemos mal. Creo que es poco probable que surjan dificultades entre analistas para aceptar lo que hemos dicho acerca del conocimiento que adquirimos en la sesión psicoanalítica, pero es más probable que comiencen en cuanto nos dediquemos a las zonas que quedan fuera de la percepción o de la capacidad de analizarlas dentro de la sesión. Estas zonas son: a) el espeso tejido de relaciones internas de los sucesos y actos que ocurren dentro de la sesión, lo que podríamos llamar el nivel microscópico; b) el proceso analítico como evolución en el largo plazo del análisis, o el nivel macroscópico; c) el modo en que la experiencia analítica se transforma en conocimiento, o el nivel de generación de hipótesis y teorías.

### **Bibliografía**

Liberman, David, *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Galerna, Buenos Aires, 1976.

